

FILMS SELECTOS

30
Cts

AÑO II N.º 52
10 de octubre de 1931

EN ESTE NÚMERO:

El Cine y la Moda. — Paralelos, por
María Luz Morales. — La inmoralidad
en el cine, por A. Orta-Ramos, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Irene Dunne y Richard Dix, en
la película RKO "Cimarrón".



C. 220



Una escena de la película "Luces de Buenos Aires" de la que es protagonista el muy admirado artista, Carlos Gardel. Es un film Paramount.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN
Diputación 230 Tel. 3022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LARRAYA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 20 y 22



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Ultramar
Tres meses, 375
Siete meses, 750
Un año, 1.125

América y Portugal
Tres meses, 575
Siete meses, 950
Un año, 1.125



CADA SÁBADO

NÚMERO SUJETO
30
CÉNTIMOS



DIVAGACIONES CINESCAS

LA LACTANCIA DEL CINE

Oírando, no hace mucho, revistas y revisillas del mundo cinematográfico, me entretuve en leer una serie de ingeniosas consideraciones sobre el novísimo cine hablado. Y una de ellas me llamó especialmente la atención porque, a costa de la buena fe con que estaba expresada en forma de pensamiento, podían sacarse consecuencias curiosas, como se sacan verdades lógicas de los silogismos o se deducen razones contradictorias de los sofismas.

Decía así el pensamiento tal:

El cine es un arte que ya habla.

La observación es por demás oportuna y tiene, sobre todo, una realidad objetiva que no la desmiente en nada. Pero, según está formulada, deja margen libre para preguntar con picardía dialéctica: «El cine, al definirlo como un arte que ya habla, ¿es semejante a un niño que acaba de empezar a hablar, o más semejante a un adulto, mudo desde luego, que ha recuperado la voz?»

Si consideramos, por una parte, que el cine hasta ahora carecía de «voz» y que con toda propiedad se le había llamado siempre arte «mudo», habrá de contestarse a tal pregunta que es como el adulto que recupera el uso de la palabra. Y, a mayor abundamiento, podemos añadir que se trata justamente de un «mudo de nacimiento».

Pero si consideramos, por otra parte, que el cine es el último de los artes conocidos y que por ello se le ha reconocido como un arte joven aun no perfectamente desarrollado, entonces cabrá mejor contestar a la pregunta que el cine es como un niño que, después de los consiguientes balbuceos — el mero cine sonoro —, sabe ya articular palabras para hacerse comprender. En este caso, damos una razonable preponderancia al espíritu de las cosas sobre la materialidad de la letra, que establece una capciosa antítesis entre los conceptos de «voz» y de «mudez».

Tenemos, pues, que el cine, salvando la proporción debida, es como un niño que ya ha aprendido a decir «papá» y «mamá». Es, por consiguiente, un arte que acaba de salir de la lactancia, al mismo tiempo que ha echado a andar por el camino de su definitivo progreso.

¿De acuerdo? Sigamos adelante.

Sigamos, pero echemos cuentas:

Si desde 1890, en que se hizo la primera proyección espectacular del cinematógrafo, hasta 1926 — ¿fue en el 26 o en el 27? —, en que se hicieron las primeras pruebas sonoras, ha estado el

cine sólo en la lactancia — una lactancia de treinta y cinco años... —, ¿qué no hemos de esperar y sufrir todavía hasta que el niño de hoy llegue a los catorce años de la adolescencia para que se presente ya modoso y tormalito, o hasta los veinte para que luzca gallardamente su juventud, o hasta los treinta o cuarenta para que nos dé las obras sazonadas de la virilidad! Porque — no cabe duda — si en la lactancia se ha pasado treinta y cinco años; proporcionalmente no podemos esperar que dé muestras de hombrecito tormal hasta el año 2380, ni que se convierta en pollo «castigador» hasta el 2590, ni que dé obras realmente dignas de consideración y de la inmortalidad hasta el 2940 o el 3290...

¡Cifras exorbitantes, que Dios sabe quién las conseguirá y si el mundo aun será mundo! Además, toda esa valiosa cantidad de cintas incomparablemente hermosas que nos ha legado el cine mudo y todas esas otras que, como augurio de algo estupendamente maravilloso, nos está dando el hablado, al tener que considerarlas como meros pinitos de un crio casi recién nacido, se van miserablemente por los suelos y nos privan de una positiva conquista del hombre en el campo de las ciencias y las artes.

Para evitar, pues, tamaños imposibles, ¿no será mejor que lo comparemos a un adulto mudo que ha recuperado la voz? ¿No es preferible que consideremos esos treinta o cuarenta años de vida del cine como un largo aprendizaje que ha dado muestras ya de ser magistral y hasta ahora no ha empezado a desenvolverse en la novísima especialidad de lo sonoro y hablado? ¿Verdad que es más prudente aceptar como bueno lo pasado sin tener que esperar tantos años para ver algo que lo aventaje?

Pero... ¿verdad que también podríamos dejar las cosas tal como están, sin andarnos ahora dándonos vueltas sobre si son de la lactancia que empieza a hablar o de la lozana virilidad que se ha dejado operar en las cuerdas vocales para librarse de la mudéz?

Aceptemos, pues, como bueno, sin discusión ni análisis, que «el cine es un arte que ya habla» y, con un poco más de sentido de las cosas y un poco menos de argumentación capciosa, gloriémonos de que al cine se le haya embellecido con el signo máximo que distingue al hombre entre todos los seres animados de la creación:

el uso de la palabra. LORENZO CONDE

Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando al lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

381. — A Mariela le interesaría mucho conocer la letra del vals *Negra consentida*. Agradecidísimo.

382. — La *francesista* a Augusta: He visto en esta sección su contestación a Jimmy Noyce, de que en Madrid venden buenas fotografías cinematográficas. Pues bien, desearía también usted la amabilidad de decirme si solamente son de artistas o si hay también escenas de películas, y al mismo tiempo darne el nombre y la dirección de la casa que crea usted que mejores las vendan.

Si es que hay fotografías de films ¿me puede informar de cuáles son?

Si no fuera para usted molesto me gustaría me contestase lo más pronto posible, pues ya puede ver los días que tarda en publicarse una cosa, a causa de los muchos lectores que intervienen en esta sección.

383. — De Cubiche: ¿Podría algún amable lector indicarme la letra en inglés de los fox-trots *I am needing you*, *Lonely Troubadour* y *Truly*?

384. — Un admirador de Chiquita desearía saber las señas y biografía de William Haines, tranquero que debe llevar una carta para el mismo, y por último, también quisiera saber la letra de las canciones de Sevilla de mis amores.

385. — Dice Gillap Zorr: ¿Tendrían la bondad las señoritas que se firman Das espulso... casi como a quien fueran, de proporcionarme la biografía y señas de nuestra linda compatriota María Abat?

386. — *Pelique Fogue* Controfoque desea que algún lector de *Films Selectos* le mande los sumarios completos de los números 1 y 8 de esta revista.

Al mismo tiempo quiere saber si hay algún lector que pueda venderle los citados números, pues las compraría al precio que fuese necesario.

Siempre nuevo, moderno, útil ALMANAQUE DE LA MADRE DE FAMILIA PARA 1932

rio, en cuyo caso pueden decirle por medio de estas columnas a qué dirección hay que escribir para tratar de la compra de dichos números.

387. — *Keliqua* quedaría sumamente agradecido a quien fuera tan amable en indicarle la biografía de Bárbara Kent, detalles de su vida, casa en que trabaja, señas y las películas que ha filmado.

También desearía saber dónde podría encontrar un retrato de esta artista y otro de Charles Morton y qué se sabe de este último actor.

388. — Mi amor argentino desearía le indicasen las condiciones que deben reunirse para ser astro de la pantalla y a quién pudiera dirigirse para ello y si sólo acompañando fotografía es lo suficiente para saber si se es apto o no.

389. — Dice *Dróscala*: Me gustaría saber si Clive Brook, Nils Asther, Igo Sim, Werner Fuetterer, Laura la Plante, Marylin Miller, Esther Ralston, Camila Horn, Conrad Nagel, William Haines, Jeta Goudal y Lella Hyams no harán ya más películas, pues no veo a ninguno de estos artistas anunciado.

También me gustaría saber si la película *Metópolis* fue proyectada en América. Y después si habría algún lector que me proporcionase el número 3 de *FILMS SELECTOS*, pues los tengo todos menos éste.

390. — Un chico de moda desearía que *Una rosa en la reina* le diera su dirección, pues enterado por esta sección que tiene un gran archivo a disposición de los lectores, desearía pedirle algunos datos.

391. — A *Mapde Menar* le interesaría muchísimo conocer la dirección del artista español Pepe Roman.

392. — ¿Habría algún amable lector que me mandase las dos canciones que canta el cobarde

tenor Tim Folgar, en la película en español titulada *La canción del día*? Si es que haya alguno que se tome esta molestia, puede hacerlo a la siguiente dirección: María del Carmen Homs Carles, Montaner, 91, 3.º, 2.º, Barcelona.

393. — De *Un curioso*: Desearía que por medio de esta sección me envíen la biografía de Dolores del Río.

Quisiera encuadrar la colección de versos *Un siglo de poesía*, que hace poco publicó El Hogar y la Moda, pero me faltan algunas páginas. Si alguna lectora o lector de *Films Selectos* tiene esta colección y quiere desprenderse de ella le agradecería muchísimo me cediera las páginas que me faltan a cambio de otros folletines publicados por la misma revista, novelas o revistas de cine. ¿Podré completar *Un siglo de poesía*, lectoras y lectores de *Films Selectos*?

CONTESTACIONES

El Visconde de la Roa contesta a las demandas siguientes:

340. — Para La Macarena (demanda 183): Antonio Cumellas, uno de tantos fracasados de Hollywood, ha tomado parte en la película *En nombre de la amistad*, encarnando un papel de escasa importancia. Su dirección es un poco difícil, pues, como ceros de contraste, una pronto actúa en un estudio como en otro. Últimamente trabaja en la Fox, siendo su dirección Fox Film Studios, Hollywood, California. El nombre de la protagonista de *La fuerza del querer* es María Alba y hace poco casó con el director jefe del Casting office de la Fox. Su dirección es la siguiente: Fox Studios, Hollywood, California.

341. — Para *Un curioso* (demanda 184): Si que le gusta bien el pseudónimo, señor curioso, y qué chorro de preguntas! En efecto, Marceline Day es una de tantas artistas lanzadas, por el cine sonoro, en el abismo del olvido; pero no por eso pierda las esperanzas de verlo actuar de nuevo, pues son muchas las estrellas (las verdaderas artistas) que se dedican una temporada a las tablas para perfeccionar su voz (si ese es el motivo de su fracaso) y luego volver de nuevo a la pantalla. En el *Vagabundo* poco hizo el principal rol al lado de Barrymore. Los nombres de sus cintas son: *Bajo el aguila imperial*, *Los otros del crimen*, *Los detectives*, *El caballero pirata*, *La casa del horror*, *La baronesa*, *Amor de calandria*, *Esclava de la amistad*, *El amor hace milagros*, *El capitán salvaje*, *Mártir del deber*, *El soberano*, *Quién es el culpable*, *La torre misteriosa* y *El cameraman*.

Me parece que la primera película que dirigió Basilio Perito fue *El negro que leía el alma blanca*. Claro, está contrabando por la Metro.

George O'Brien y Clive Brooks por ahora no filman, por lo menos así lo he leído, en cuanto a Gary Cooper ha terminado *Matrimonio* y tocando sus fines en la corriente. Fritz Lang acaba de dirigir *Una mujer en la luna* y tiene en preparación otra film científica, *La humosa R. I. P.* tengo entendido que sigue actuando, aunque en pequeña escala.

¿Ha quedado complacido *Un curioso*?

342. — Para *El zar de Marica* (demanda 186): Amigo, esos rumores que corren acerca del divorcio de Joan Crawford y Douglas no son ciertos, pues este matrimonio es uno de los más felices de Hollywood. Si fuéramos a tomar en serio todas las noticias lanzadas por algunos periodistas yanquis, ¡papanditas estábamos!

Estos buenos señores, con tal de hacer lo que se proponen, no retroceden ante nada. ¿Usted cree todo lo que dicen de Clarita Bow? Pues yo no. Así como tampoco eso de Jeanette MacDonald relacionado... con cierto príncipe.

Lo dicho, amigo, como creamos todas esas noticias (cuando verdaderamente son sandeces) va a resultar que, según ellos, no hay ningún matrimonio feliz, ninguna artista decente... etcétera.

343. — Para *Pepiniqui* (demanda 187): Siendo muchísimo más de todas las canciones que pide pueda mandarle solamente la de *Sonny Boy*, en español, de El loco cantor. Hele aquí: *¡Anup! Mi bebé, Sonny boy*, — mi única ilusión, *Sonny boy*. — No sabe mi nene — el lugar que tiene — en mi corazón... *Sonny boy*. — Los días grises, cuando estoy cantigo — tú eres mi sol, *Sonny boy*, — ángel del cielo... ¿Quién

eres, di? — Tú eres consuelo y alegría para mí. — Triste o cansado, al estar a mi lado. — cuando lo estoy, *Sonny boy*.

344. — Para *Marica* (demanda 188): La cinta *Las confidencias de Broadway* fue hecha por Conway Tearle, poco antes de morir, y como se proyectan en Europa con bastante retraso, he aquí la causa de su extrañeza.

A usted le digo lo mismo que a *El zar de Marica*, que no eres en la mayoría de esas noticias, pues difícilmente encontrará en la colonia cinematográfica un matrimonio tan bien avenido como el de Mary y Douglas Fairbanks.

345. — De *Un marroquí* para Desconocido *Asnapola*: Le su demanda, a la cual me permito contestar que la dirección de Luis Alonso, más bien conocido por Gilbert Roland, es: United Artists Studios, 1041 n.º, Promessa Avenue, Hollywood (California), y la de Billie Dove: First National Studios, Burbank (California).

El franqueo para las dos es de 0,35 pesetas. Si desea usted conocer la biografía de estos artistas, también se la puede mandar si me da su dirección por medio de *Films Selectos*.

Varias contestaciones de *Un curioso*.

346. — Para *El barón de Lascari*: Laura la Plante nació en St. Louis, de familia modesta, a la que tuvo que instalarse con su trabajo cuando sólo contaba catorce años. Actuó de extra en muchas películas hasta la filmación de *Shamán*, donde se reveló. Sus mejores películas son: *El traje de etiqueta*, *Magnolia*, *El legado tenebroso* y *El sol de media noche*.

347. — A la demanda 182: Charles Farrell nació en Walpole el día 9 de agosto de 1905. Actuó de extra por espacio de pocas semanas en los estudios de la Metro. La Fox le contrató para realizar un pequeño papel en la cinta *Sunday*, que obtuvo mucho éxito. Pero en donde demostró ser un gran artista fue en *El séptimo cielo* en compañía de Janet Gaynor. Ambos formaron la pareja ideal, mundanamente conocida y admirada. Además de esta película, protagonizó siempre para la Fox: *El daga de la calle*, *La baronesa de la ópera*, *El príncipe Fazio*, *Tormentos humanos*, *El pan nuestro de cada día*, *Estrellas dichosas*, *Un plato a la americana*, *Alta sociedad*, etc... y últimamente *Liliom*.

De George O'Brien sólo puedo decirle que tiene treinta años, que permanece soltero y que actualmente está descansando.

348. — Para *Marica*: Conway Tearle no ha vuelto del otro mundo, como usted dice, por la contundente y poderosísima razón de que para volver de un lugar cualquiera, primeramente hay que ir a él. Y Conway no tiene pensado por ahora realizar este viaje. El periódico o revista que publicó la noticia que usted leyó faltó al octavo mandamiento: en vez de decir que se

En breve se pondrá a la venta el ALMANAQUE DE LA MADRE DE FAMILIA PARA 1932

había presentado de la pantalla para dedicarse nuevamente al teatro, dijo que había muerto. ¿A algo había que atribuir su desaparición de los estudios?

349. — De *María Antonia Mongodo* para *Una refrenda*: Los principales intérpretes de *El Wilking* son: Pauline Starke y Donald Crisp.

El maquillaje de los artistas depende del ambiente en que han de filmar y de la luz. Al comienzo de la cinematografía los artistas empleaban idéntico maquillaje que para el teatro, dando como resultado, en las luces fuertes, profundas sombras, especialmente en los ojos, que les daba un aspecto cadavérico. En la actualidad han substituido el negro de humo y maquillaje por azules, violeta y grises, empleándose al segundo extendido por toda la cara para las escenas a pleno sol. El fluor de los cabellos que los hace aparecer como enroscados se produce espolvoreándolos con pajuelas de oro en los rubios, y talco blanco en los morenos. Los arrugas de que están surcados los rostros de la mayor parte de las estars se disimulan en la fotografía aplicando una composición de cera vegetal, alumbre diluido y miel que se aplica con un paño de seda después de haber sometido el rostro a la acción del vibró masaseur. Esta misma aplicación substituye la cera vegetal por cera o una ligera infusión de café extendida por todo el cuerpo en las escenas desarrolladas en trópicos o llanos salvajes, a la que tan aficionados se muestran los galanes jóvenes para exhibir sus desnudeces, conseguir por este medio retener la admiración que por sus miembros alcanzaban la mayor parte de las tableras. Y que afortunadamente va desapareciendo. Los únicos colores que se deben emplear son los vegetales, existiendo en el comercio para la coloración de platos de cocina.

ALMANAQUE DE LA MADRE DE FAMILIA PARA 1932

Cada año se agota la edición a los pocos días de ponerse a la venta
Solicite V. un ejemplar con anticipación

Precio único: TRES pesetas

La inmoralidad del cine

No me refiero a la que implicaría, nada más que antes de la guerra europea, el higiénico seminudismo con que las artistas de películas suelen presentarse fuera y dentro del cine. No. Ni siquiera aludo a esos besos apretados y bastante espectaculares que han convertido al amor en una esencia que se trasvasa de boca a boca como un rico caldo jerezano. Desde luego que tampoco trato de apuntar a esa obscuridad que tan agradable resulta cuando no queremos enterarnos si el vecino de butaca tiene cara de idiota, y la vecina faz clorótica y el acomodador rostro de guardia de asalto.

La inmoralidad del cine estriba para mí, en lo fácil que su cielo se puebla de «estrellas» y en la abundancia de «genios» con que el ingenio de directores y «managers» hace brotar de los áridos campos de excepcionalidad y limitación en donde tan pocos de los que están debieran estar.

No quiero señalar a los consagrados, porque éstos, además de representar serios intereses muy dignos de respeto, gozan ya de esa aceptación regular y costumbrista que nos hace, por ejemplo, en otros aspectos de la vida, aceptar una moneda en el mismo valor que siempre le hemos dado, aunque nos digan que está baja y depreciada.

Voy a hablar sencillamente de la especulación, que, en derredor de cualquier nombre desconocido, se arma de toda clase de ditirambos y exaltaciones, para intentar solamente hacer un negocio. Ni más ni menos.

Y como se explota un específico, o un profiláctico cepillo de dientes, o no hace falta decir qué, se propaga el nombre de un artista, varón o hembra, con la misma falta de ponderación y moralidad con que las demás industrias anuncian las panaceas que van a curar a la humanidad o a evitar la calvicie o hacer desaparecer los dispepticos. Y apurando la imagen se podría decir que al surgir un verdadero valor entre las huestes cinemáticas, establéciese un pugilato de falsificaciones, exactamente igual que sucede en las demás industrias.

En el recuerdo de todos están los Charlots, Charlotanos y Charlotines que la aparición del genuino produjo. Fue una

Con el fin de dar más libertad para que todos los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace solidaria del contenido y concepto de los artículos, que serán siempre del exclusivo criterio de sus autores.



En la película Paramount «Confesiones de una colegiala», figuran varias de las artistas más bellas de Hollywood. Los intérpretes principales de la obra son Phillips Holmes y Sylvia Sydney.

fabricación de «graciosos» en serie con pies más o menos grandes, hombres ladeados hacia la derecha o la izquierda, caminando a saltitos y jugando un junco en sus manos,

que nos sucedió lo mismo que suele pasarnos cuando un buen producto se falsifica: dejarlo de comprar; pues le asalta a uno la duda de que si el que le venden será el legítimo o no.

Claro que en una u otra ocasión, tanto si compramos el específico como si vamos a presenciar una película, ambos falsificados, nos queda el recurso de no volver a comprar el primero y desacreditarlo en cuanto se nos presente la oportunidad, y dejar de ver la segunda después de propalar que es una «birria».

Pero en los dos casos la inmoralidad es manifiesta y el daño que se nos ha producido creo que en el código se le llama fraude o engaño y se le señalan penas bastante severas, como indudablemente le corresponde a aquel que, aprovechándose de nuestra credulidad y parapetándose en una fama ajena, nos equivoca con premeditación.

Acabar, pues, con esas «estrellas» que lo son porque tienen la misma calda de ojos que las verdaderamente luminosas; con esos «ases» que entre todos no podrían substituir a los de una baraja y esos «graciosos» que son una verdadera desgracia, es una labor que cuanto antes se emprenda mejor. Yo por mi parte pienso dedicarle a esta inmoralidad, que no es del cine precisamente, sino de los que sin grandes escrúpulos tratan de vivir de él, tantos artículos como ocasiones se me presenten.

ANTONIO ORTIZ RAMOS

CINE EN LA ALDEA

Ocho, diez, quince días sin ver un proyector ni un tomavistas, sin leer la biografía de un astro, ni la crítica de una cinta, sin oír el eco del profesional chismorreó, sin recordar siquiera que exista perforado celuloide, es, después de ocho, de diez años de ininterrumpida tarea cineísta, un descanso, una tregua, que el comentarista se tiene bien ganada... Porque en la aldea hay, claro, prados verdes, próximos frondosos bosquecillos, panoramas en que la vista se recrea y el alma se complace, pero — ¡gracias a Dios! — no hay cine. La villa no está cerca, y aun una frontera dijérase que más la separa. El comentarista, al constatarlo así, suspira con alivio. Y se dispone a distrutar, a pleno pulmón, de su reposo...

Un día, sin embargo, llega a la aldea un hombrecillo, vivaz y menudito, pilotando un chisme que tiene mucho de catetera y algo de cascanueces... Con una actividad insospechada, empieza a sacar de la profundidad, no muy honda, por cierto, de su auto, montones y montones de carteles color de calabaza, que, implacable, coloca en todas las paredes, en todos los muros, en todas las puertas, en todos los escaparates. Media hora después de la llegada del hombrecillo no queda en toda la aldea un habitante que no esté bien enterado de que ocho días más tarde, en la «corte» de la hostería, va a tener lugar una solemne sesión cinematográfica.

Los carteles color de calabaza — que, reducidos a prospectos, han invadido, lo mismo que todos los muros, todas las ma-



decir verdad, jamás vi un más activo, original y bien coordinado plan de propaganda.

Cuando faltan tres días para la fecha que rezan los carteles, el hombrecillo halla aún más maravillas en el fondo de su catetera inagotable. Un tripode semicojo, un proyector mohoso, unas cajas metálicas, con aspecto de estuches de pescado en conserva... y un rollo de lienzo de regulares dimensiones, y un lío de cuerdas enmarañadas... Es el departamento técnico el que comienza su tarea ahora...

A su pesar, el comentarista empieza a interesarse por las maniobras del hombrecillo, en quien es justo reconocer y saludar, en más de un aspecto, a un ilustre colega cineísta. En una sola pieza productor — esa documental de la comarca es obra suya, a creer lo que él dice y corea la gente —, distribuidor, exhibidor, publicitario y crítico... Y uno tiene que preguntarse: ¿qué cifra fabulosa de sueldo no acumularía este hombre tan pequeño en la gran Norteamérica, donde cada uno ejecuta no más un matiz de cada cosa?... Pero el hombrecillo,





ILUSTRACIONES DE D. SAINZ DE MORALES

por ser original en todo, maneja celuloide y no piensa ni remotamente en la América espléndida y lejana. Aprovecha mejor su tiempo buscando un balcón, o ventana, o saliente de cualquier género donde emplazar su proyector... Una terraza de la hostería le da el punto estratégico, y unas lonas, sostenidas con palos a modo de tienda de campaña, le forman la cabina. Luego, en el centro de la «corte» sujeto por cuerdas, en los ángulos superiores, a los tejados de dos pequeños edificios, y en los inferiores a unos postes o estacas que previamente se han clavado al suelo, se tiende el lienzo, no tan grande ¡ay! como lo exige la amplitud del decorado en torno, donde el techo se adorna con estrellas auténticas, y los Pirineos forman el anfiteatro...

La cabina viene, así, a quedar instalada bajo las ventanas del comentarista. Y, entrente, el lienzo, fantástica ventana abierta en medio de la noche. Viene, así, el espectáculo, a meterse por los ojos, a adentrarse en su propia alcoba, a imponerse, aunque pretenda huirle, aunque no quiera verle... Mas ¿por qué no? Después de ocho, de diez, de quince días de abstinencia, no deja de ser grata la perspectiva de una hora echada al celuloide.

Claro que hay un interrogante, que hace estremecerse a la aldea en peso: ¿y si lloviera?... Después de armar su complejo tinglado el hombrecillo ha abierto una enorme escalera, bajo el lienzo, ha trepado por ella, y se ha puesto a barnizar, a trechos, con un líquido misterioso, su deteriorada pantalla.

Luego ha barrido escrupulosamente el lugar destinado al público, más tarde lo ha regado. Y, al fin, ha vuelto a salir en su auto, con su bocina y sus prospectos, sembrando la aldea de notas estridentes, y gritos enfáticos y hojas amarillas...

Es de desear, ¡oh, sí!, que no lueva, siquiera porque no se malogre tanto esfuerzo, actividad tanta...

No, no ha llovido. La noche se ha prendido, para la fiesta, todos sus diamantes. Y, al ver que se apogaban todos los taroles, doña Luna, ha querido, colgada, curiosamente, sobre la mismísima pantalla, hacer al hombrecillo, a sus chismes, a sus cintas y a su público, el honor de asistir al espectáculo.

La concurrencia llena el patio o «corte». Hay gente también en las ventanas y terrazas de la hostería, y sobre los

tejados de los establos y el garage. La orquesta, novedad interesante, está emplazada en la misma cabina.

Advirtiendo que el propio hombrecillo rueda la cinta, cambia los rollos y atiende a la música — un gramófono — dándole cuerda, quitando y poniendo los discos y renovando las agujas, nos preguntamos si, a semejanza del dios hindú, estará dotado de cien manos.

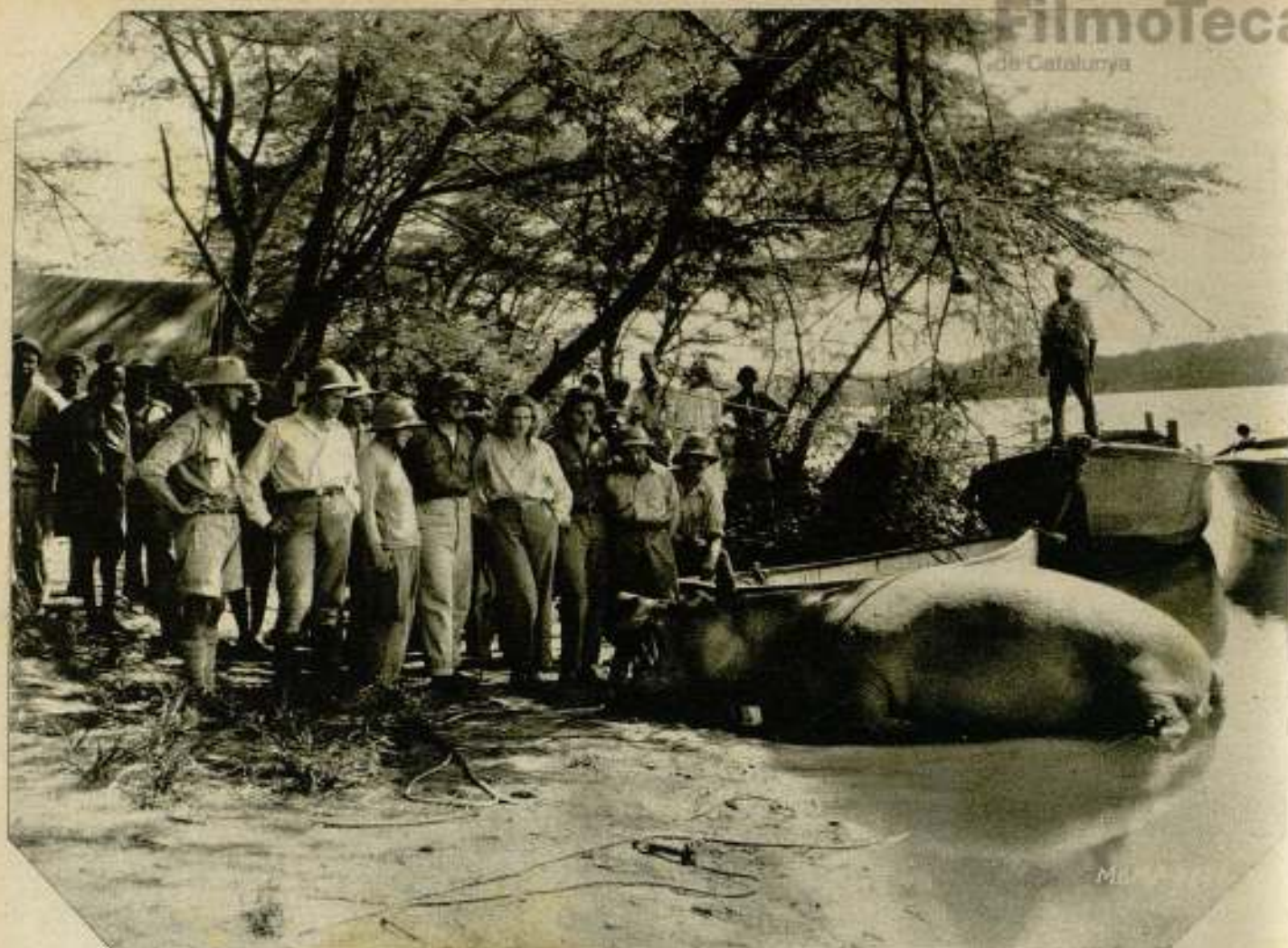
No, no llueve. La noche es magnífica, y la pantalla que hizo sonreír, desdeñoso, al comentarista, está dotada de una luminosidad extraordinaria. Bajo la luna, y en su propio marco — el Pirineo — desfila una bella teoría de paisajes de Cerdaña.

Si el anónimo hombrecillo que regó el patio y alineó las sillas es, en efecto, su autor, habrá que felicitarlo como a un gran cineasta. Y luego viene la cinta de fuerza, que nos muestra, con la amenidad de una interrupción o rotura de tanto en tanto, y bajo el pabellón de la otros días grandiosa, «Cines» italiana, los turbulentos amores, y el desastroso fin de Marco Antonio y Cleopatra... Como todas las de su época, constituye esta cinta una eficaz lección de «lo que no se debe hacer», tanto más fecunda, cuanto que «lo que se debe hacer» todos creemos saberlo.

Y hay, por fin — ¡oh, regalo prodigioso que la inagotable caja de sorpresas del hombrecillo nos reservaba! —, hay una vieja y deliciosa cinta de Charlot de la primera época, sin título ni subtítulos, sin argumento, ni pies ni cabeza, pero... ¡con tanta y tan sana gracia! Juvenil, menudito, ágil como una pelota de caucho, heroico en recibir porrazos, pródigo en derrochar gansadas, este buen Charlot no es todavía el genial Charlot de los varios millones, de los múltiples autos y de las sienes blancas, atento a la moderna filosofía y amigo de Wells y de Chesteriton... mas, acaso, le aventaja, en ese «saberse y no saberse» con que nuestro Maragall definía la gracia. Admirando sus hazañas y sus derrotas, las buenas gentes ríen, ríen, ríen. Y los montes las corean, devolviéndoles su risa hecha eco. Arriba, doña Luna, satisfecha de haber asistido a una sesión de cine de arte, muestra también su sonrisa más ancha.

Mientras el comentarista, sin otro trabajo que quitarse de la ventana, se mete en el lecho, pensando cómo al día siguiente, escribirá una crítica que, ¡oh, dicha!, ni dejará a nadie descontento, ni contentará a nadie...

FELIPE CENTENO



Fotografía obtenida durante la filmación de la película «Trader Horn»

Los secretos sorprendidos por la cámara a las selvas africanas

LA cinematografía norteamericana a todo se atreve. Nada la espanta y por encima de todas las dificultades pasa. «Con oro nada hay que falle»... Los hombres son más bravos, y escudados tras la adarga dorada de los dólares llegan incluso a lo heroico con una sonrisa.

Mi buen amigo el lector comprenderá que al comenzar con estas afirmaciones no lo hago a humo de pajas... Al lector yo siempre le he considerado con una clara comprensión y con una inteligencia poco común. Sentado esto y seguro de su comprensión, voy adelante.

Pues señor: No hace muchos años corría vendiendo baratijas y exóticas mercancías estrafalarias un «caballero andante», un trotamundos de luenga barba nevada por los años que le partía pecho y corazón en dos. Tenía el tal personaje de nuestra historia amplia frente, dorada a luego por el sol de todas las latitudes; ojos de fondos infinitos, abierlos y redondos, como acostumbrados a toda sublime captación; y cubría su testa con un ancho sombrero, descompuesto sobre su cabeza con la noble originalidad de los hombres que no fueron nunca forjados en serie, y caminaba lenta, serena-

mente, como el que viene de todos los sitios y camina hacia todos los horizontes.

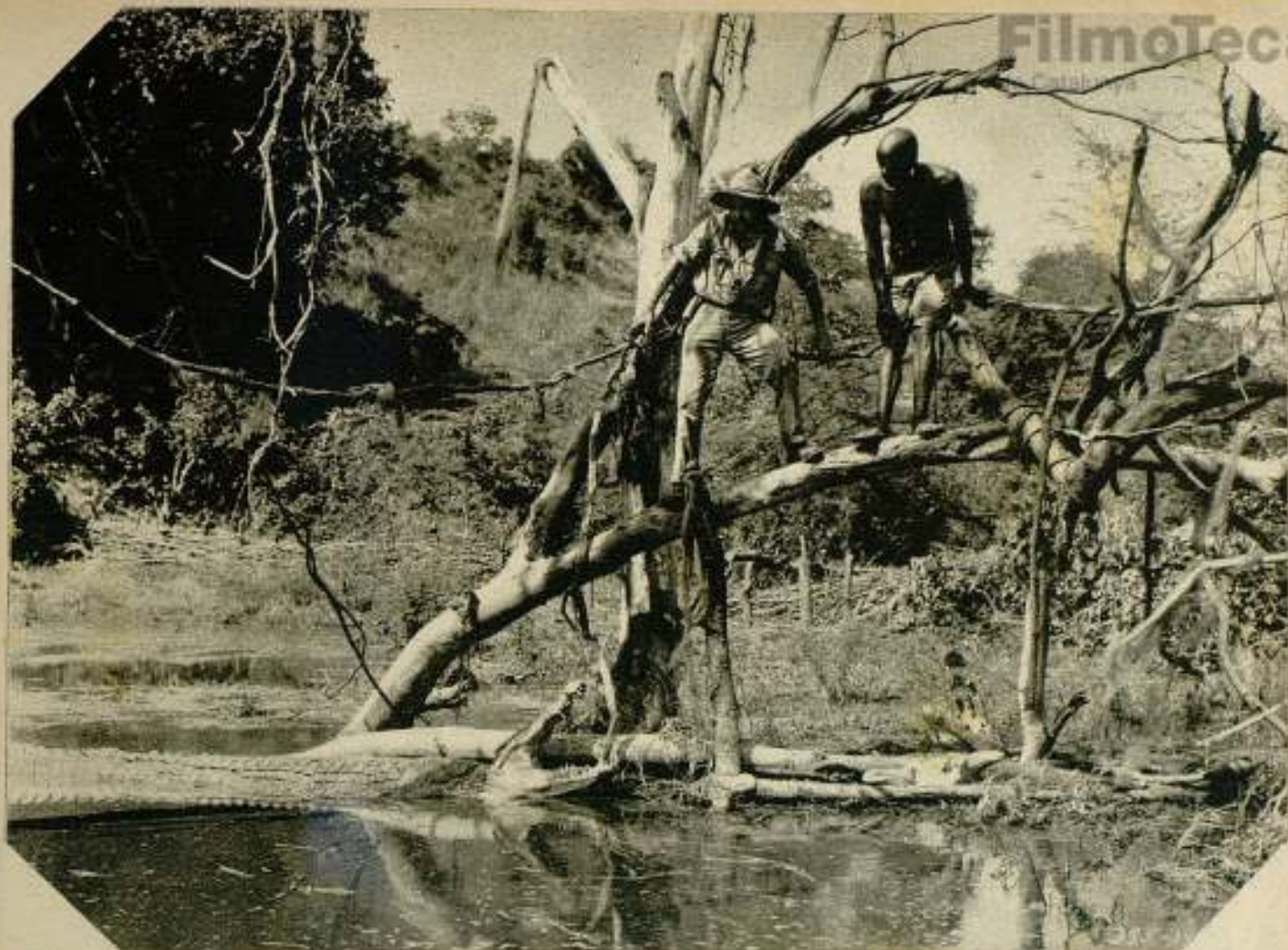
Nuestro héroe llegó a Johannesburg, y siempre lentamente, sin volver atrás la cabeza y siempre su mirada de tonos inmensos lanzada a un hito imaginario, acertó a pasar por el «bungalow» de la escritora sudafricana, Ethelreda Lewis, a la que llamó poderosamente la atención la testa plateada, la barba florecida en nieves, y los ojos lejanos y distantes que parecían dedicados a contemplaciones infinitas.

Venía cansado el anciano trotero y posó un instante ante la extraña curiosidad de la mujer. El venía cansado de seguir los caminos del mundo. Ella reposaba de constante deambular por los senderos del cielo en las poderosas alas de la imaginación, y bajo la sombra del «bungalow» se estrecharon las manos y se rindieron la confianza. El había visto muchas cosas. Ella había adivinado las restantes y se hicieron confidencias mutuas.

Comenzó el caballero de la barba de plata y, al clarín de sus recuerdos, acudieron los cielos lejanos que le habían servido tesoros de estrellas en las fiestas sublimes de sus noches y las arpas sono-



Fotografía obtenida durante la filmación de la película «Trader Horn»



Emocionante escena de la película «Trader Horn»

ras de las selvas ignaras que fueron juglares de sus peregrinaciones escondidas. Las panteras en celo, cuyas verdes pupilas le sorprendieron en medio de sus pensamientos, se acercaron agazapadas a su memoria, acuciadas por el recuerdo distante. Las razas lejanas volvieron a herir su imaginación con las flechas envenenadas de su carcaj primitivo y celgaron de sus oídos las viejas melodías de sus cantos de guerra. Las maravillas del viejo continente africano se rindieron al prodigio de su memoria y le ofrecieron el milagro enigmático de sus secretos vírgenes, las gestas heroicas de sus razas diversas, el perfume impreciso de sus templos abiertos al sol del Ecuador, donde la flora canta a todos los vientos y la fauna oficia en altares de instintos con la pompa magnífica de sus taneos abiertas en terribles y trágicos holocaustos sangrientos.

¿Quién era este hombre que tantos secretos consiguió reunir y a cuyo influjo tan extrañas fuerzas obedecían?...

Se llamaba Alfredo Aloysius Smith Horn, conocido más simplemente por todas las tribus africanas por Trader Horn. Había abandonado Inglaterra, su país natal, el año 1891 para conocer la costa oeste de África. Ejerció en su azarosa existencia la profesión de policía de Scotland Yard, detective privado, cazador de elefantes, leones y leopardos, pintor, buscador de oro, persecutor de las

partidas de bandidos que asolan las costas africanas, chamarrero y traficante en marfil. Finalmente, después de su constante lucha con los elementos y las pasiones, había conseguido ganarse a sí mismo y esculpir su espíritu en el duro mármol de la serenidad. Miss Lewis dibujó sus rutas, cristalizó sus impresiones y amarró sus recuerdos a la punta acerada de su pluma, dando lugar a un libro, «Trade Horn», que hizo al viejo trotamundos famoso y millonario y es familiar para las juventudes de habla inglesa.

Aquel libro dio como consecuencia que la «Metro-Goldwyn-Mayer» lanzase un equipo de directores, técnicos y actores cinematográficos a seguir las rutas del viejo Trade Horn, para llevar a la pantalla los secretos del África central. Los

actores han realizado la película, han cazado toda clase de fieras — los gráficos que ilustran estas páginas lo acreditan — y han cruzado el África desconocida, tropezando con inmensas dificultades que los hombres salvaron abroquelados con la dorada adarga de la esplendorosa Norteamericana.

He ahí, lector, por qué te recordábamos aquello de que «Con oro nada hay que talles». Imagínate si al oro se une el cerebro organizador, la técnica y el arte de este pueblo joven que si siempre nos impresionó con sus conquistas cinematográficas, ahora intenta sorprendernos con un esfuerzo digno del siglo en que vivimos.

MARTÍNEZ DE RIVERA



Fotografía obtenida durante la filmación de la película «Trader Horn»



¿MI PRIMER AMOR?

CONFIDENCIAS DE
JOSÉ MOJICA

¿Mi primer amor? El primero y el único de mi vida. En todo momento, la sonrisa afable de la mujer amada, su palabra dulce y amena, sus ojos llenos de afecto y de bondad, están conmigo, fortaleciéndome e iluminándome.

Todas las incidencias interesantes que pueda haber en mi biografía han ocurrido bajo el influjo maravilloso de ese ángel guardián.

Estoy seguro de que algo congénito había en mí que me empujaba al arte, pero también tengo la evi-

dencia de que ella contribuyó a que ese algo floreciera. Acaso, de no tener la ayuda espiritual de esa mujer incomparable, lo que había en mí habría muerto antes de nacer o permanecería oculto e ignorado.

La luz de su inteligencia y de su espiritualidad fué para mí como el faro que rompió las tinieblas de la noche. Seguí aquel camino, aquella estela, y cada vez, como en un despertar lento, pero magnífico, iba comprendiendo mejor la vida y percibiendo más clara mi voz interior. Y después, cuando ya los anhelos de mi alma habían hallado orientación, ella la acompañó en sus primeros pasos por el camino descubierto.

Y vinieron las luchas por el triunfo en la difícil empresa. Momentos de fervor que ella estimulaba y momentos de desaliento que ella sabía alegrar con su sonrisa inextinguible.

Aquellos días serán para mí inolvidables, y lo serán porque ella estaba siempre a mi lado, solícita y atenta, esperando el momento en que su intervención era necesaria para poner luz en la sombra o fe en el desencanto.

Acostumbrábamos dar largos paseos por los caminos interminables del terreno que se deslizaban entre una naturaleza salvaje, surcada de profundas gargantas, interrumpida por colinas y bosques, por arroyos cantarines y torrentes estruendosos. Ella, entonces, abría ante mis ojos paraísos no soñados. Por ella supe que la vida era una armonía sublime y que todas las bellezas tenían en la naturaleza su principio.

Estimuló mi voluntad y mi perseverancia en el estudio. Fué para mí un maestro de energía.

Y llegó el momento de separarnos.

Mi país era estrecho para el vuelo que yo había emprendido. Y no sólo tuvo la entereza de ánimo suficiente para inspirarme el necesario alejamiento, sino que realizó toda clase de sacrificios económicos para que pudiera hacer el viaje.

Ya en la metrópoli que había elegido para ampliar mi preparación, trabajé y estudié, pero, píetórico de entusiasmo y de juventud, no tuve siempre la energía suficiente para rechazar las múltiples tentaciones que la brillante vida de la urbe me brindaba. Y siempre, por fortuna, hallaba el freno de una carta de ella. ¡Oh, aquellas cartas inolvidables! Como un tesoro las guardo y las llevo siempre conmigo.

Comenzaron los éxitos y siempre fué su felicitación la más sincera y entusiasta que recibí.

Ha pasado el tiempo y he aprendido mucho de la vida. He conocido el placer del triunfo y el dolor del fracaso, afectos engañosos y amistades falsas. He aprendido que la vida es un constante oscilar entre el mal y el bien, entre el dolor y la alegría, entre la esperanza y la desilusión. Pero, en medio de todo eso, siempre ha habido para mí un afecto firme y constante, una luz de invariable intensidad, un corazón que ha latido siempre con el mismo ritmo: ella. Todo cuanto soy y puedo ser a ella se lo debo. He aquí el primero y único amor de mi vida. He aquí la única mujer que ha llenado y llena mi corazón: mi madre.

Mitzi Green y Jackie Coogan en una escena de la película «Tom Sawyer».



EVALYN Knapp es su verdadero nombre. Es americana pero de procedencia sueca, y ha nacido en Kansas, el 17 de junio de 1908. Fué educada en la Escuela Municipal de Kansas, y su primera ambición se dirigió a pertenecer a la prensa, mas después sus aficiones cambiaron de rumbo, y decidió dedicarse al teatro. Actualmente aspira a ganar un puesto preeminente entre las estrellas de la pantalla.

Empezó su carrera teatral en los días de su adolescencia, actuando en las funciones organizadas por su colegio. Después entró a formar parte de una modesta compañía que actuaba temporalmente en Kansas, revelándose como una esperanza del arte dramático. No tardó en representar papeles importantes y, poco después, protagonistas.

En Nueva York, la conocida compañía «Los Pat-sy» la contrató para hacer un difícil papel en Broadway. Con esta misma compañía dió varias funciones en Los Angeles, pero sin pasar por Hollywood, ni acercarse a un estudio.

De regreso a la capital, interpretó la protagonista de la obra «Mrs. Money penny», y de ahí pasó a la pantalla.

Una prueba hecha en el estudio que la casa Warner Brothers tiene en Brooklyn, le ofreció la primera oportunidad para ello. Empezó por interpretar una ingenua, en una cinta de escaso metraje, cuyo título es: «En casa del dentista». A ésta siguieron otras veinticuatro de no mayor importancia, pero que la proporcionaron un buen contrato para Hollywood. Allí obtuvo el segundo papel femenino en «Tal vez sea amor», y dos días después de estrenada esta cinta, le confiaron el papel principal de «Las vocaciones de una pecadora».

A Evalyn le gusta más la pantalla que la escena, y a su juicio «El extremo del río» ha sido en ésta su mejor creación. Sus actores favoritos en el cine son: Geor-

EL CINE Y LA MODA

Elegantísimo pi-
jama de interior



Presentado
por la simpá-
tica artista
Bárbara
Weeks.

Filmoteca
de Catalunya

Parejas



En la parte superior, a la izquierda William Powell y Marion Shilling; a la derecha, María Luz Callejo y Tito Davison. En el centro, Marjorie White, Maureen O'Sullivan, Frank Albertson y John Garrik. En la parte inferior, a la izquierda, Billie Dove y Edmund Love; a la derecha Gary Cooper y Fay Wray.



MUJERES BONITAS

Anna May Wong, en la película B. I. P., "Flame of Lowe".

Paralelos

por María Luz Morales

El antiguo Genio de la Comedia, caduco ya de cuerpo, infantil aún de espíritu, andaba por los rincones del mundo maltratado por las gentes que habían olvidado la gloria de reír. La clásica máscara grotesca fué alterando su mueca hasta hacerla más lacrimosa que risueña, y el potente caudal del humorismo degeneró hasta ser mezquino «género festivo». Y así un siglo y otro. En vano el antiguo Genio de la Comedia desfogó sus más absurdas cabriolas ante la Humanidad ceñuda, envejecida. Inútilmente ofreció a paladares enfermos su sal y su pimienta. Sin éxito, quiso devolver a los hombres el saludable don de la alegría. En un siglo, dos, tres, sólo recibió desplantes, sofiones, desprecios. Fué atropellado, vejado, pisoteado. La Edad Media lo embutió en las calzas ridículas y en la giba denigrante de los bufones... Después, el Romanticismo le asió la lanzada final. El geniecillo pueril, gracioso, saltarín, reidor, conoció todas las tragedias, todas las amarguras. Siguió riendo porque reír era su oficio, su misión. Pero en el fondo se volvió amargo, duro, cruel... Acurrucado un día frente a un lienzo blanco, el antiguo Genio de la Comedia vió el deslizarse táctico de las nuevas sombras sobre el nuevo escenario de la pantalla y comprendió y soñó... Soñó con renovar sus viejos esplendores, con elevar de nuevo a dominio la risa, con ser otra vez, no lacayo del mundo, sino su emperador. De un ágil salto, se plantó en el albo lienzo. Dudó un instante brevísimo en qué cuerpo se metería. Eligió, al fin, como refugio, el de un tal Charlot.

Y todos los esplendores fueron renovados. Por obra y gracia de la móvil sombra humorística, la risa volvió a reinar en el mundo, a atar en el sano coro de la carenjada uná-



Charlot en «El Circo».

FilmoTeca

nime a grandes y pequeños, a pobres y ricos. Alejóse, como un sacrilegio, el antiguo desden al histrión. Charlot fué — es — considerado, aplaudido, admirado, reverenciado. ¡¡Charlot!! Ningún nombre de nuestro tiempo tan universalmente popular.

Y con Charlot, el Genio de la Comedia — comicidad, humorismo —, del que Charlot es encarnación... Ese Genio que está en las cabriolas y en los desfogamientos, en la risa y en la seriedad, en la vestimenta absurda y en el fantástico modo de expresión. Y también ¡ay! en el dolor... Porque tras siglos y siglos de vejaciones y desdenes, de torcedores y amarguras, el humorístico geniecillo inofensivo de antaño es natural que hoy se muestre algo cruel... Y que quiera tomar su desquite de las penas sufridas. Y que — bien embutido en el cuerpo del mimo que posee docenas de automóviles y miles de rotundos dólares — trate de vengar al bufón jorobado, al payaso hambriento, al desdénado histrión. He aquí por qué hay un fondo profundo en todas las producciones — ¡tan graciosas y divertidas! — del inmenso Charlot.

DOUGLAS, en cambio, es todo lo contrario. Todo, en Douglas es optimismo, alegría, dinamismo, gozo de vivir. Ni joven, ni guapo, ni gran actor, Douglas Fairbanks — siempre igual a sí mismo y distinto de todos los demás — capta nuestra atención, nuestro aplauso, por la fuerza de su ingenuidad. No intenta, tal vez, que nos riamos; pero ríe él, y es su risa, por espontánea, contagiosa. Igualmente, con aquella sencillez con que los niños nos convencerán de que las hadas existen y los burros vuelan, él nos hace creer a pies juntillas, mientras delante le tenemos, en los mayores disparates. Es «El ladrón de Bagdad», es «Don Q», es «El Gaucho», es en «La Máscara de Hierro», el mosquetero convencional. No importa la fecha ni el lugar. Es

(Continúa en la página 34)



Douglas Fairbanks en una escena de su última película «Para alcanzar la luna».

MARRUECOS

Película Paramount

REPARTO

Tom Brown.....	Gary Cooper
Amy Jolly.....	Mariene Dietrich
La Bassière.....	Adolphe Menjou
Comandante César.....	Ulrich Haupt
Madame César.....	Eve Southern
Sargento.....	Francis Mc. Donald
El Tinto.....	Paul Porcasi

Dirección de Josef Van Sternberg

ARGUMENTO

Los acercó el azar. El barco en que habían salido de Francia dirigiese ya al fondeadero. Subía a cubierta el pasaje. En muchos ojos apuntaba el albio, mezcla de curiosidad y temor, de quien va a ver por primera vez de cerca esa África conocida sólo a través de la experiencia o la fantasía de exploradores, novelistas, poetas.

Entre el pasaje se singularizaba ella. Ojos azules en los cuales parecía diafanizarse la celeste luminosidad del Mediterráneo. Cabellos de oro. Blancura de nieve evocadora de leyendas nórdicas. Y en la boca provocativa, rictus indefinible de consorcio; el hastío tal vez de quien, después de haber probado la vida, siente



— No necesito que me ayude.

— Si me necesita, me encontrará en esta dirección...

Y alargó a Amy Jolly, con desentendida obsequiosidad, una tarjeta que ella tomó... y cuando ya se han separado, mientras él la observa, hace menudos pedacitos y arroja al mar...

Bullicio cosmopolita de café cantante marroquí. Como notas pintorescas, uniformes de la Legión Extranjera francesa, chilabas morunas. Entre bastidores, el propietario, obeso personaje a quien llaman, no se sabe si por nombre o remoque, monsieur El Tinto, alecciona a Amy Jolly que va a presentarse por primera vez ante su público.

— ¿Qué iba a decir? — borbotan el oficioso consejero. — ¡Ah, sí! Búsquese un protector... Un oficial de la Legión. No haga caso a los soldados aunque le digan que son ex príncipes rusos que se alistaron para olvidar el pasado... El soldado ruso gana setenta y cinco céntimos diarios... ¡Una miseria! Los oficiales tienen dinero...

Amy Jolly, que lo ha escuchado sonriendo sin dignarse contestarle, sale del camerino después de haberse mirado en el espejo una vez más. Va, como siempre, segura de sí misma. Sabe que triunfará. Lo que ignora es que en el café cantante de monsieur El Tinto la espe-

que le ha quedado un inmenso hastío, un sabor de ceniza en los labios...

Llamaba la atención por lo hermosa. Despertaba interés por lo enigmática, por la vaga altivez melancólica que la rodeaba como un halo. ¡Amy Jolly, flor de ensueño, sirena de oro y nieve, musa fascinadora de café cantante!

Monsieur de La Bassière, el pintor al cual le permitían sus pléides rentas darse el lujo de olvidar los pinceles para dedicarse a gustar epicúreamente la existencia, observaba a la pasajera desde hacía unos minutos. ¿Dónde tuvo los ojos durante toda la travesía para no reparar en esta deliciosa compañera de viaje? Imperdonable!

Un perenne trivial, no tan trivial para Amy Jolly, a quien hizo sentirse un poquito ridícula, depuró al que la examinaba con mirada de artista, de conocedor, de afortunado «homme à femmes», la coyuntura que estaba buscando, espionando, deseando él.

De la maleta de la viajera salieron, al abrirsele inopinadamente, prendas de vestir, cuadernos de música, objetos de tocador, muñecos de trapo... ¡Todo un baratillo lamentable que quedó desparramado sobre la cubierta a ojos de todos!

Acudió monsieur de La Bassière solícito. Y a las palabras con que ella le daba las gracias contestó con esta pregunta que inició el diálogo, principio de conquista para él:

— ¿Es la primera vez que viene a Marruecos?

— Sí.

— Yo hago el viaje muy a menudo... Quizás pueda servirle en algo...





ran dos hombres cuya vida ha de correr unida a la suya: el pintor de La Bessière y el legionario Tom Brown.

La vida de Tom Brown ha sido una pantalla cineca. Han pasado por ella sombras movilizadas que suspiran, prometen, ríen y lloran. Mujeres, mujeres, mujeres.

La que se proyecta ahora en el lienzo ávido de su alma, imagen que se desvanecen gradualmente como se han desvanecido tantas otras, es madame César, la esposa de uno de los oficiales de la Legión.

El idilio, que tuvo su cenit esplendente, vacila ya en el crepusculo que precede a la noche sin estrellas del olvido. Noche brevísima para Tom Brown, en quien la ilusión de un nuevo amor, acaso sea mejor decir de una nueva aventura, viene siempre prontamente a disipar la timidez sentimental que dejan al irse las que, en breve día de pasión, alumbran su camino.

Pero esta vez el tránsito de la sombra a la claridad no será tan fácil. Madame César ha vigilado al que todavía se llama su amante; lo ha seguido, lo ha visto perderse con Amy Jolly en el dedalo de las callejuelas del barrio indígena... Y lanza contra el burlador y su acompañante a dos moros, instrumentos mercenarios de la venganza y los celos de la despechada.

El legionario, que es tan esforzado como valiente, domina a los pícaros, los cuales, cambiando ahora ese papel por el de víctimas



indefensas, atraen el silencio nocturno con descompasados alaridos para pedir socorro. La escena ha tenido un festivo: el comandante César, herido de su mujer, la ha espionado esta noche. Y lo que ha visto ha hecho que sus sospechas queden trocadas en certidumbre...

Gracias a las influencias de monsieur de La Bessière, que las pone en juego a instancias de Amy Jolly, el legionario Brown escapa al consejo de guerra, del cual saldría mal librado por el supuesto ataque a dos moros pacíficos e inermes. Empero, ya que no medidas de rigor, las autoridades militares adoptarán las que aconseja la prudencia con el soldado culpable de un incidente tan poco a propósito para fomentar el buen entendimiento y amistad entre franceses y moros. Destinado al barranco de Amalfi, uno de los puestos avanzados de más peligro, Tom Brown debe marchar al día siguiente, acaso en busca de la bella marroquí que ponga punto final a la existencia aventurera de este ciudadano de los Estados Unidos, digno de haber militado bajo las banderas de algún audaz capitán del Regimiento.

Cuando va a despedirse de Amy Jolly, la encuentra con monsieur de La Bessière. El pintor y la artista sostienen este diálogo que el legionario escucha desde el umbral de la cerrada puerta del camerino.

— Mi oferta — asegura monsieur de La Bessière — no puede ser más respetable: matrimonio...

— Es usted un hombre muy raro.

— ¿Le extraña a usted que lo ame?

— ¿Debo contestarle ahora mismo?

— Si me contestase ahora, dormiría mejor esta noche...

— No pienso aceptar su tentadora proposición — murmura Amy Jolly después de un silencio.

— Si no hubiese conocido a cierto soldado de la Legión — insiste de La Bessière —, ¿cuál sería su respuesta?

— Quizás hubiese sido la misma...

— Perdonen si les interrumpo — dice Tom Brown franqueando la puerta y haciéndose presente. — Mañana temprano salgo para el Sahara y he venido a despedirme.

— Ustedes quedarán estar solos... — apunta el pintor que, muy mundano, muy dueño de sí mismo, sabe cubrir su derribo con una retirada honrosa.

— ¿Me permite que le desee buena suerte?

— agregó tendiendo al legionario la mano.

Monsieur de La Bessière reúne esta noche en su casa a un grupo selecto de amigos. Jefes y oficiales de la Legión Extranjera, altos empleados de la administración civil con sus esposas. Se trata de celebrar un suceso que parece increíble: el empedernido volterón, el galanteador frívolo dispuesto siempre al flirt, a los amores, a la aventura galante que no sujeta con lazos definitivos, va a casarse con Amy Jolly...

En la mesa, a la hora del champaña, un coronel alza la copa y habla. Está efusivo: el soldado, casi oratorio, a pesar de la frivolidad (Continúa en la pág. 24)



1. — Cuando el aspirante se presentó al director, solicitando ser admitido, éste quiso probar sus habilidades.



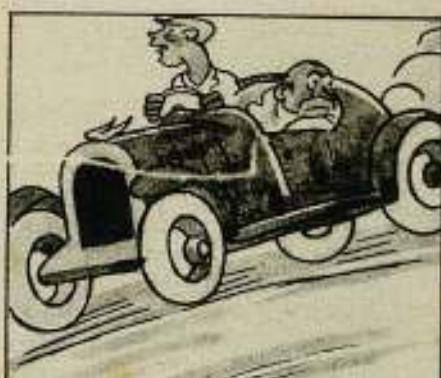
2. — Y el aspirante levantó en vilo una mesa, demostrando así su gran fuerza.



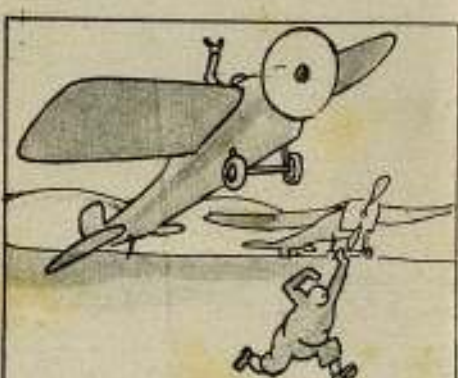
3. — Y demostró su habilidad ecuestre, haciendo arriesgados ejercicios a caballo.



4. — Y nadó horas y horas, probando su resistencia en el agua.



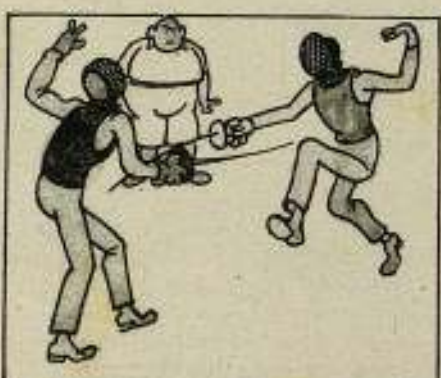
5. — Y se consagró como as en el volante, tomando los virajes a más de cien.



6. — Y efectuó toda clase de acrobacias en avión, como el más consumado piloto.



7. — Y en boxeo propinó una soberbia paliza al director hasta convencerle.



8. — Y demostró ser un perfecto conocedor de la esgrima.



9. — Y resistió las pruebas del agua durante doce horas seguidas.



10. — Hasta que por fin el director decidió a filmar una escena de prueba.



11. — Una escena de amor con toda la realidad y crudeza del cine.



12. — Y el pobre aspirante, que tantas pruebas había resistido, no fue admitido porque no pudo resistir el abrazo de la mujer fatal.

Una escena de «Madame Dubarry», de la que es protagonista Norma Talmadge.





NOTICARIO

DE FILMS SELECTOS

UNA estadística, con datos al 1.º de marzo de 1931, da las siguientes informaciones referentes a la industria cinematográfica en el mundo:

Capital invertido en la industria. — Capital aproximado en el mundo entero, \$ oro 2,250,000,000. — Capital aproximado solamente en los Estados Unidos, \$ oro 2,000,000,000. — Capital invertido en aparatos sonoros de tomar, \$ oro 200,000,000.

(Estados Unidos produce el 95 por 100 de los films en el mundo. En ese mismo país, la cinematografía ocupa el cuarto lugar entre sus grandes industrias.)

Capital invertido en los estudios americanos, 78,000,000,000 pesos oro.

Lo que se paga en los estudios. — Cerca de 350,000 personas están empleadas en la industria cinematográfica norteamericana, de las cuales 75,000 en las labores técnicas y accesorias de la producción, 80,000 entre artistas y 17,541 en tareas generales. Anualmente, por el rodaje de producciones se paga cerca de 85,000,000, casi 1,600,000 por semana.

Celuloide invertido. — Seis millares de pies lineales (un pie tiene 30,479 centímetros) de film se manufactura y se utiliza anualmente en los Estados Unidos.

FilmoTeca
de Catalunya



Margaret Livingston, que se ha casado con Paul Whiteman, más conocido por «El rey del jazz». Según dicen, se trata de una pareja de verdaderos enamorados.

La publicidad. — Por año, se invierte por concepto de publicidad cinematográfica alrededor de 100 millones de dólares.

Concurrentes al cine. — Se calcula que semanalmente concurren a los cines del mundo 250 millones de personas, de



La célebre actriz Gloria Swanson, recientemente divorciada, de la que se dice que está próxima a contraer nuevo enlace con el deportista millonario Michael Farmer.

las cuales 115 millones corresponderían a los Estados Unidos.

Los cines de los Estados Unidos recaudan por tal concepto 1,560,000,000 de dólares por año.

Conste aquí — por lo que pueda tornar — que esta estadística está hecha en los Estados Unidos de Norteamérica.

Bajo la dirección de Carmine Gallone han empezado a filmarse en Venecia las escenas exteriores de «La ciudad de los sueños», producción de «Films Osso», que será estrenada entre nosotros a fines del año en curso.

El asunto de «La ciudad de los sueños» se desarrolla casi totalmente en Venecia, sirviendo para presentar en el film los motivos más poéticos de aquella ciudad del Adriático. El rol protagónico de la versión francesa de esta nueva producción de «Films Osso» estará a cargo de Annabella, una hermosa actriz que nuestro público conocerá próximamente en «Una noche de balda». Respecto al papel central de la versión alemana, ha sido confiado a Brigitte Helm, la inolvidable intérprete de «Metrópolis» y otras películas de éxito.



Sylvia Sydney se rompió un hueso del pie en una caída y, debido a esto, tuvo que empujar los ensayos de su película «La calle», sentada en un sillón de ruedas. William Collier Jr. es su compañero en la versión cinematográfica de la obra teatral de Elmer Rice, que ha realizado King Vidor.

Hay otra moda en Hollywood: la de no ocultar los hijos. Hasta hace poco, toda artista, si era casada, procuraba que nadie lo supiera, y la que tenía algún hijo lo escondía, temerosa de perder popularidad entre los zonzos que se hacen ilusiones. Entre las incontables mamás que exhiben sus hijos y alardean de su fecundidad, están Norma Shearer, Marlene Dietrich, Esther Ralston, Dolores Costello y Ann Harding.

Bajo la dirección del conocido «regisseur» Augusto Genina, ha quedado definitivamente terminado el rodaje de «Paris Béguin» (El capricho de París), producción sonora y hablada en francés de «Films Osso».

De carácter revisteril, «Paris Béguin» es un film espectacular, matizado de canciones y que resume con un argumento pleno de situaciones interesantes, el alma polifacética y versátil de París.

La música de esta nueva producción «Films Osso» ha sido escrita por Maurica Yvain, estando los roles protagónicos de la película a cargo de Jean Max, Charles Lamy, Richel Berendt y Saturnin Fabre.

Francisco Carco, el conocido escritor francés autor de «El hombre acosado» y otras novelas de gran éxito, ha diseñado el escenario de «Paris Béguin».

Bajo la dirección del famoso director Tourjansky, se ha dado comienzo en París a la filmación de las escenas interiores de «El cantor desconocido», producción sonora y hablada de la «Films Osso» que nuestro público conocerá a fines de la presente temporada. El argumento del nuevo film gira alrededor de un artista desconocido, que después de maravillarse con el prodigioso milagro de su voz a todo el público de Francia, revela un día, ante el inesperado asombro de sus miles de admiradores, su verdadera identidad.

El rol protagónico de la



Aquí tienen ustedes a la actriz de la pantalla Constance Bennett, que regresa de Europa en el mismo barco con el marqués de la Palatze, exesposo de Gloria Swanson y como dicen que ya en Europa se venían muy a menudo ahora aseguran que se van a casar.

nueva película se halla a cargo del famoso cantante Lucien Muratore, secundándole en el reparto Jim Gerald y otros conocidos artistas de la escena y la cinematografía francesa.

En los cines de Berlín va extendiéndose la costumbre de suprimir los títulos de las películas, al anunciarlas en las carteleras de los locales, reemplazándolos por los nombres de los protagonistas. Recientemente y a raíz de las proyecciones de las cintas en que figura Willy Forst, esta nueva modalidad se ha hecho

general; lo que equivale a decir que les tiene más interés a los berlineses el nombre de Willy Forst que los títulos de sus películas; que lo que atrae al público es el protagonista y no el asunto. Sea este cual fuere, interpretado por el actor favorito, es garantía de que le satisfará. Algo así como lo que ocurre aquí cuando se proyecta una película de Imperio Argentina — pongamos por caso — en la que el nombre de la novia de España tiene tanto realce como pueda tener el de su película. Willy Forst es hoy por hoy la figura más preeminente del cine alemán y aunque su labor como astro de primera magnitud nos es desconocida aquí, podemos anticipar a nuestro público que en el transcurso de la temporada próxima le veremos en «Music hall», opereta cinematográfica adquirida por el Programa Gaumont.

En Valencia, donde residía, falleció recientemente don Alberto Algara de Carlos, padre del depurado actor del teatro y de la pantalla, Gabriel Algara, al que enviamos el testimonio de nuestro más sentido pésame, así como a su distinguida familia.

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES

La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate, con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Divesos, Granos, Quemaduras y toda clase de



Irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercerías.

EVALYN KNAPP

(Continuación de la página 12)

ge Arlies y Ruth Clotterton, y ésta y John Barrymore en la escena. Si tuviera que retirarse de su actual profesión, le gustaría ser pintora; también tiene mucha afición a la música. La gentil Evalyn es lectora asidua, y prefiere leer un buen libro a jugar una partida de bridge. Sus autores predilectos son Thornton Wilder y Huxley.

Si se le pregunta qué hace para conservarse en debida forma, responderá riéndose que «absolutamente nada». Jamás se ha sujetado a ningún régimen especial ni de alimentación, ni de ejercicio. Sus diversiones favoritas son la natación y el montar a caballo. Carece de secretos de tocador; según esta joven artista, «la salud y la felicidad son los mejores afeites para conservar la belleza».

Sin ser glotona, gusta de comer bien, siendo uno de sus manjares predilectos la carne de buey cocida con berzas. También aprecia mucho los filetes de ternera preparados de un modo especial que ella escribe así: «Tómese un buen filete de solomillo, que se rehogue con tocino y setas hasta que esté bien pasado». Este plato, en la cocina americana, lleva el nombre de «filetes a la Knapp».

¿Sus debilidades? Un libro interesante y una manzana. No tiene ningún animal favorito. Conduce por sí misma su pequeño Ford y lo prefiere a otro coche de más tamaño y mejor marca. Le gusta más vivir en un hotel que poner casa. Le desagradan el tener que ir a ver al dentista, casi tanto como el que la retraten por sorpresa. No le gustan las chivirías y lo que más aborrece son los microscópicos bigotitos en los hombres.

Mide 1'58 m. de estatura y pesa 54 kilos. Tiene los ojos azules y el cabello dorado.

Actualmente Evalyn Knapp forma parte del elenco de la «Warner Brothers», y sus más recientes creaciones son, además de «El extremo del río» y «Las vacaciones de una pecadora», «El grito de una madre», «El millonario», con George Arlies, y «Usted y yo».

PARALELOS

(Continuación de la página 17)

vallente, generoso, fantástico; se sale con todo, como los célebres compañeros del cuento de Andersen.

Y no importa tampoco que los medios empleados para llegar al triunfo sean absurdos o pueriles: todo es verosímil

en siendo de él. Que — sin ser un gran actor; ya queda dicho — es tal la fuerza de personalidad de este cómico, que junto a su figura son nuevos accesorios, argumento, técnica, verosimilitud... Y puede muy bien suceder que una película de Douglas no nos guste. Pero siempre al terminar de verla respiraremos con optimismo, con amplitud mayor.

En cambio es difícil que una producción de Charlot no nos deje satisfechos. Mas, después de habernos reído hasta saltárenos las lágrimas — ¿será ello efecto de la verdadera obra de arte? —, no podremos evitar que una punzada de amargura, de pesimismo, nos hiera el corazón.

MARÍA LUZ MORALES

MARRUECOS

(Continuación de la página 19)

enteramente francesa, que atienda su perorata. De repente llegan al vasto comedor ecos de clarines, redoble de tambores. Es la columna que regresa del barranco de Amalia, donde la diezmaban las balas moras.

Amy Jolly no ha sido dueña de dominarse. Se ha levantado de la mesa, ha volado al encuentro de la tropa entre cuyos soldados busca ansiosamente, con mayor angustia amorosa cada vez, a Tom Brown...

Por fin detiene a un sargento, le interroga, imperiosa, casi agresiva...

— Tanto como muerto no, señorita... — dice el veterano con aspereza. — Le dejamos en Amalia. Bueno. No quiero quedarme atrás...

— ¿Herido de gravedad?

— No, fuimos allá a divertirnos... — gruñe el sargento. — No me detenga más, que tengo sueño.

En compañía de monsieur de La Bessière, que ha sabido aceptar con filosófica serenidad el brusco cambio de sentimientos de lo que hasta hace poco fuera su prometida, sale Amy Jolly para Amalia. Allí, cuando pregunta por el legionario Tom Brown, nadie puede darle razón de él, nadie le conoce siquiera... Al fin un soldado herido lo pone al corriente de todo: el que busca está ileso, quiso hacerse pasar por muerto, probablemente para desertar, pero, descubriendo el engaño, le destinaron a la columna que saldrá dentro de unas horas a vengar el desastre del barranco de Amalia. En estos momentos debe de hallarse en la taberna de la esquina, aprovechando las últimas horas de libertad, tal vez de vida.

Voces de mundo. Soldados que corren a ocupar sus puestos en la formación. Después la columna que se aleja...

Amy Jolly, en el automóvil de monsieur de La Bessière, lo ve todo como en un sueño... La tropa que empieza a alejarse... Tom Brown que le envía un último adiós...

A poca distancia de la marcial columna marcha otra formada por mujeres. Es la legión del amor, la legión dolorosa de las que sin uniforme, sin bandera, sin esperanza de ascensos ni de cruces, van a sufrir todas las penalidades, a desafiar todos los peligros del desierto por seguir a su hombre.

Los ojos distantes, los maravillosos ojos azules de Amy Jolly se iluminan con extraño brillo de entusiasmo y de lágrimas. Abre la portezuela del coche. Y como una autómatas, como si obedeciera a una fuerza superior a su voluntad, corre a unirse a la legión de las que aman...

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Columbia Studios, 1438 Gower Street, Hollywood, Calif.

Belle Baker
Ralph Ince
Evelyn Brent
Margaret Livingston
William Collier, Jr.
Ben Lyon
Jack Egan
Shirley Mason
Ralph Graves
Dorothy Revier
Sam Hardy
Marie Saxon
Jack Holt
Johnnie Walker

Baile sin temor



Aun durante los molestos días que la naturaleza impone, la mujer de hoy puede dedicarse a sus ocupaciones habituales sin ningún temor, usando

Cleo



Cleo, formado por múltiples capas de gasa especial, de larga fibra, es el más absorbente y seguro de todos los paños conocidos.

Abolta poco, y es tan suave, que una misma se olvida completamente de que lo lleva.

Cleo se lava tan fácilmente como un pañuelo, y a cada lavado aumenta en suavidad. Dura años.

Examine una almohadilla Cleo y comprenderá porque la prefieren las mujeres de hoy.

Se vende en cosetrias y buenos comercios.

Almohadilla higiénica



Precio del estuche:

Juvenil... Ptas. 9

Normal... » 12

Reforzado... » 15

para cada necesidad

Agente General:

A. BLOCH

Rambla Catalana, 11

BARCELONA

Talleres Gráficos de la
Sociedad General de Publicaciones,
Diputación, 211. — Barcelona

de cuajo, y la lluvia cae a mares, iluminada por la claridad de los relámpagos... Cuando el auto de Rodolfo llega al lugar en que estaban colocadas las tiendas del caído Amed, el campamento de Yasmín, los improvisados camerinos de los comparas y el taller provisional de los operadores, ha cesado ya el furor de los elementos... Pero no queda nada en pie: la tormenta, inexorable, con su invencible furia de ciclope, lo ha devastado todo, matando a un hombre, hiriendo a otros...

Rodolfo ha escapado a la muerte, pero no por mucho tiempo.

Algunas semanas después, a la plena luz de los *sunlights* de la gloria,

bajo la mirada atenta de la opinión pública, esa *camera* vigilante, mientras, como la orquesta en el estudio, sus admiradores le alentarán con el murmullo de sus elogios, tendrá que obedecer al más implacable de los directores de escena...

La muerte pronunciará la orden irremisible que interrumpirá el maravilloso *film* de su vida, el *film* que encierra por sí solo todo lo imprevisible, toda la pasión, toda la voluptuosidad de los más románticos argumentos.

— *Cu!* ¡Corten!

Y entonces... Rodolfo Valentino no será ya nunca más que una sombra.

CAPÍTULO XV

LA PLACIDA NOCHE...

La placida noche californiana. Una suave brisa roza el follaje oscuro de los naranjos. A lo lejos, en un jardín, una guitarra llora el ritmo de una melodía hawayana...

Y allí, en la terraza de su *bungalow*, con el cuerpo abandonado en un sillón y la barbilla en las manos, Rodolfo medita sombrío. Diríase que está llorando...

De pie junto a él, destacando su alta y esbelta silueta sobre la zona de luz dibujada por la ventana, Jane Davis escucha las quejas de su amigo.

— Pero ¡a los seis días, Jane!... ¡Huir, marcharse sin la menor explicación al sexto día de nuestra boda!... ¡Marcharse sin decir más que esas vagas palabras amenazadoras que pronunció ante mi secretario!... Sus alusiones al divorcio...

— ¡Vamos, vamos!

— Sí, sí. Y sus recriminaciones a voz en grito contra mi «crueldad mental»... ¿Crueldad mental yo?...

— ¿Usted sabe lo que es eso?...

Sólo una misteriosa sonrisa, una sonrisa de iniciada, contestó a sus palabras.

— ¿Qué le he hecho yo?... ¿No le

di una verdadera prueba de amor?... Me casé con ella y sin embargo tenía donde elegir. Puedo asegurarlo sin presunción. Y en todo caso, podía esperar... Pero no. Porque era hermosa, amable, sola en la vida, la deseé e hice de ella mi esposa... Creo que eso es algo. Habríamos podido amarnos muy bien sin el matrimonio... Usted sabe de sobra que hay otras que no pedirían más... Y mucho más conocidas, valiendo ya mucho más que ella, y tan hermosas y elegantes como ella, por lo menos... Natacha, por ejemplo... Sí, Winifred, con quien trabajé en *Los cuatro jinetes*, y Norma y Mae, según creo, y Bessie... usted misma, ¿verdad, *darling*?...

La sonrisa reaparece en los labios de Jane Davis, tan misteriosa como antes, pero más dolorosa ahora. Rodolfo prosigue sus lamentaciones.

— Y pensar que fué a ella, a Juana Acker, a quien hice mi mujer, para que a la noche del sexto día, al regresar, encuentre la casa vacía y no obtenga más explicación que dos breves palabras que me trasladó mi secretario...

— Indudablemente regresará...

quiere reavivar y finalmente sale dando un gran portazo...

¡Pobre «Rudy»!... En su cólera juvenil, no ha dejado tiempo siquiera a su director para que abriera la boca, ni para que sacara de un cajón un contrato nuevo que, para entrar en vigor, sólo esperaba su firma... Si no hubiera perdido la calma, habría sabido Rodolfo que le doblaban el sueldo y que, en adelante, era una estrella de diez mil dólares al mes... Diez mil dólares... ¡Hubiera sido esto bastante para ti, Rodolfo Gugliemi, el *star* de 1918, el bailarín de Maxium's, el intendente del señor Bliss, el lavaplatos del restaurante griego, el durmiente de los bancos de Central Park?...

Un período de dificultades pecunarias sigue a los meses de seguridad... Rodolfo no tiene nada de hormiga previsora. Lleva un tren endiablado de vida... Por otra parte se encuentra en plena era de dificultades sentimentales, conyugales y demás... El proceso que intenta contra la *Paramount* es sólo una carga más para el marido divorciado, condenado ya a la obligación de pasar una

cantidad a su primera esposa... Y su contrato interrumpido, pero válido todavía legalmente, no le deja el menor derecho a trabajar en la escena. Todos los estudios y todos los teatros están cerrados para él... Contrae deudas... Viaja... Recuerda que posee una voz cálida, aterciopelada como un vino de Italia, y entonces, mientras espera poder montar una compañía de *films* propia — dos años de espera —, cantará para una compañía de discos fonográficos. Puesto que no podrán verle, les quedará a sus admiradoras el consuelo de escucharle... y ganará con ello diez mil dólares por disco impreso... Crea una marca de perfumería; ¿acaso no es el esposo de Natacha Rambova, Winifred Hurnut, hija adoptiva del «rey de los perfumes»?... Las hermosas que no contemplan ya en la pantalla su elegante silueta ni su mirada hechicera, podrán embriagarse por lo menos con el aroma de los *Rudolph Valentino's Parfums*...

La estrella canta... La estrella perfuma... La estrella pestañea... ¿Va a empañarse su brillo?

CAPÍTULO XIV

«STAR»

No, la ascensión de «Rudy» hacia la fortuna no había concluido.

Conservaba un público demasiado fiel, demasiado apasionado. A pesar de la abundancia de *moving pictures* llevadas diariamente al mercado por la actividad de los estudios de Hollywood, a pesar de la competencia de las otras estrellas, en las salas de los cines se recordaba al que había sido, además, de Julio, Gallardo y Ramón, «El Joven Rajah» que condujo, al altar primero y al trono de su reino reconquistado después, a la hermosa Wanda Hawley. (Otro argumento de June Mathis sacado de una obra de A. Luce.)

Tampoco se olvidaba al romántico conde Héctor de Bracondale, papel que interpretó en *Beyond the Rocks* (1), adaptación cinematográfica de la famosa novela de Elinor Glyn, que lleva el mismo título. En el transcurso de este *film*, se le había visto, en dos ocasiones distintas, salvar la vida a una joven, casada por el egoísmo paternal con un anciano enfermo, y renunciar a su amor porque ella quería permanecer fiel al hombre recibido por esposo. ¿Cómo podían haberse olvidado las peripecias sentimentales de este argumento si los fanáticos de la pantalla las habían visto repre-

(1) *El Esposo* se tituló esta película. Más fuerte que el amor.

sentadas por dos intérpretes igualmente queridos: Rodolfo, el enamorado ideal, y esa encantadora y espléndida reina de la elegancia que se llama Gloria Swanson?

Por lo mismo, la noticia de la reconciliación de Rodolfo con la *Paramount* fué acogida con placer. Baste a poder admirar de nuevo al guapo «Rudy»...

En efecto, se le volvió a ver en *La Hacienda roja* (1). Una historia terrible. En la pampa, en algún país de la América española; una hacienda, gauchos, una venganza de amante desdenada, un bandido apodado «El Tigre», el rapto de una recién casada, el incendio de la hacienda, una confusión que induce al exaltado Alonso (Rodolfo) a creerse traicionado por la mujer que ama; su desesperación, su fuga hacia un puerto sudamericano donde encontrará, en un misero tabernáculo, al Tigre y a aquella cuyo odio feroz ha desencadenado todas esas catástrofes; un convento donde la esposa raptada a Alonso va a pronunciar sus votos eternos, el castigo del Tigre y al fin la radiante alegría de Alonso al encontrar a su Julieta... Todo el romanticismo de la España colonial, todas las situaciones requeridas para prodigar a Rodolfo Valentino las escenas en que desplegar la ganta de sus cualidades y la gracia de sus ademanes junto a una selecta compañera de trabajo: Nita Naldi.

Con poderoso empuje, renace su celebridad. Pero ¿qué podemos decir entonces de su éxito en *Monsieur Beaucaire* que F. Hasley adaptó para él de la novela de Booth Tarkington?

He aquí, bajo los rasgos delicados de Valentino, a Felipe de Dreux, primo de Luis XV. La altiva belleza de Paulette Goddard se convierte en la de la Pompadour; la exquisita frescura de Bébé Daniels sourie bajo la cabellera empolvada de la princesa Enriqueta de Borgoña... Marqueses con chorrera de encajes, cuyas, literas, callejas galantes, fiestas fastuosas entre la severa nobleza de los

salones de Versalles y la alegre frivolidad del parque francés, destierro del libertino de Dreux; minúes y gavotas, duelos por la conquista de una rosa y el amor de una hermosa y el taimado Valentino que se oculta en Inglaterra bajo el disfraz de Monsieur Beaucaire, barbero de Su Excelencia el Embajador de Francia; su perdón, su regreso triunfal, el amor de la adorable Enriqueta de Borgoña...

¡Cuántos encantos! ¡Qué precisión tan exacta en la suntuosa reconstitución del alma alocada y espiritual del siglo galante, del siglo de los Latour y de Pragonard! Para llevar a feliz término esa obra, era necesario aunar toda la seguridad del buen gusto latino con el poder de acción de una firma americana. No se descuidó el más nimio detalle. No contento Rodolfo con haber estudiado detenidamente por sí mismo las costumbres del siglo XVIII, fué secundado por un buen número de artistas franceses, por el delicado Georges Barbier especialmente. Un éxito sin precedentes acogió aquella cinta impresionada en el estudio Paramount de Long Island, allá, más lejos del interminable puente de Queensborough que muestra al anochecer un rostro monstruoso a las innumerables luces de la City de Nueva York.

Tras *La Hacienda roja* y *Monsieur Beaucaire*, *Cobra* (1) filmada bajo la dirección de José Henabery para la *Ritz-Carlton Co.*; *Cobra*, que debía señalar la ruptura definitiva de Valentino con la *Famous Players Lasky Paramount*.

Resolvió entonces Rodolfo trabajar por sí mismo. Su gloria igualaba a la de las más grandes stars y el éxito financiero de sus películas le autorizaba a tratar como a iguales a los más poderosos reyes de la pantalla.

Se incorporó a la *United Artists Corporation*, al lado de Charles Chaplin, de Douglas Fairbanks, de Mary Pickford; los *Artistas Unidos* le aseguraban un rendimiento fijo de doscientos mil dólares por film, un tanto

por ciento sobre los ingresos y, lo que es inapreciable, la libertad establecida en el trabajo por un organismo de producción y distribución comparable a los mejor organizados.

Un film inauguró, de modo notable, su ingreso en el consorcio de las estrellas de primera magnitud: *El Águila Negra*, adaptación cinematográfica de la obra de Puchkin, debida a Clarence Brown.

Esta vez, Valentino aparece bajo el uniforme de un teniente de la Guardia Imperial. Su maestría de jinete, su gallarda apostura, han seducido a la gran Catalina II, Emperatriz de todas las Rusias. Le convertiría en general, si Valentino-Dubrowsky no soñara con ternura en los ojos admirables de una joven a la que ha salvado de una muerte segura... Rechaza el amor imperial que se le ofrece... Se ve precisado a huir y al mismo tiempo a vengar la memoria de su padre, despojado por un canalla... Se hubiera vengado ya si el canalla en cuestión no fuera precisamente el padre de la exquisita joven... Dubrowsky va a morir, entregado al brazo justiciero de los cosacos de Catalina... ¡Pero no! La Emperatriz se ha consolado con un general improvisado en su alcoba y perdona... *El Águila Negra* podrá casarse con su adorable prometida.

Y Rodolfo habrá triunfado una vez más, como actor, como jinete, como bailarín, como amante, con su nueva compañera, una estrella de reciente promoción, un «hallazgo» de la pantalla, Vilma Banky, bellísima húngara cuyos cristalinos ojos parecen reflejar todo lo infinito del amor.

Lo mismo que Douglas Fairbanks compuso *Don Q*, como continuación al *Signo del Zorro*, también Valentino dará descendencia al inolvidable *Caid*: impresionará *El hijo del Caid*, que, lo mismo que *El Águila Negra*, distribuirán *Los Artistas Unidos*.

En los estudios de la avenida Melrose, reaparece encarnando el papel del hijo del Caid. La misma apostura gallarda de entonces... Pero esta vez se ha excedido a sí mismo en el refinamiento de su traje: turbante,

albornoz, botas de cuero rojo bordadas, tunicas dignas de los héroes de *Las Mil y una Noches*, joyas, armas cinceladas... El vestuario le cuesta aproximadamente once mil trescientos dólares. La inconsciente prodigalidad de Rodolfo, su singular afición a lo bello, su desmesurada pasión por los objetos raros, se afirman una vez más.

Más ardiente, más caballeresco que nunca, pelca dominado por el amor de Yasmín, la bailarina, a la que arrancará de las garras de los bandidos durante el transcurso de una lucha épica... Rodolfo es un *Hijo del Caid* muy digno de su padre, más suntuoso que él todavía... Y ningún contraste puede resultar tan armonioso y encantador, como el de su hombruna gallardía junto a la rubia esbeltez de Vilma Banky, bailarina mora para el caso...

Mucho antes de que el eco de los aplausos que han acogido esta producción se haya extinguido, Rodolfo será presa de la enfermedad, y mientras las muchedumbres admirarán su silueta en las pantallas de los cines perecerá en la habitación de una clínica...

Pero ya sintió Rodolfo el roce de la muerte durante los días en que impresionaba las primeras escenas del film en cuestión, que se desarrollan en las arenas del desierto.

Un sábado, habiendo interrumpido su trabajo a eso de las once, Rodolfo invitó a su compañera a dar un paseo; irían hasta las cercanías de Yuma, en la frontera mejicana, donde estaba instalado el campamento en que se «realizaban» los exteriores del film. El auto se deslizaba y se estreñecía veloz por la carretera mediocre, entre paisajes de áspera desolación, más desiertos cada vez... De pronto estalla una terrible tormenta, una tempestad furibunda... El viento levanta torbellinos de arena, penetra rugiendo en los «cañones» donde interrumpe el sueño de los coyotes y empuja a las terribles arañas tarántulas hacia sus refugios de piedra... Los árboles que vegetan en aquella tierra avara son torcidos, arrancados

(1) En España se tituló esta película «El diablo santificado».

(2) Véase el capítulo primero.

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca
de Cinema



CHESTER MORRIS



ANTONIA COLOMÉ